



# Gut Feeling Eva Fàbregas

El cuerpo humano contemporáneo es un cuerpo prótesis. Gracias a la industria del diseño existen toda una serie de objetos y materialidades “inertes” que forman parte de él. Estas prótesis no sólo se adaptan al cuerpo, sino que consiguen que el cuerpo humano también se adapte a ellas, siendo difícil determinar quién produce a quién. ¿Quién es el molde? Debido a la intimidad que aparece a través del contacto entre superficies, este tipo de relación ergonómica entre objetos y humanos está cargada de un fuerte componente emocional. Perder uno de estos objetos se parece a perder una parte reemplazable de nuestro cuerpo. Incluso podríamos hablar de una conexión erótica entre noso-

tros y “nuestros” objetos, entre la piel de las cosas y la nuestra. ¿Podría suceder lo contrario? ¿Que los objetos nos deseen a nosotros? ¿Que quieran tocarnos? ¿Que nos hablen a través del tacto? Existen formas de conocimiento que sólo aparecen cuando las superficies entran en contacto. Cuando tocamos las cosas y prestamos atención a cómo ellas nos tocan. Es más, incluso la escucha es algo que sucede en la piel. Es un tipo de percepción táctil y no solamente acústica. ¿Qué experiencia del mundo tenemos a través de las superficies? ¿Y a través del deseo? *Gut Feeling* es una exposición que nace del deseo personal hacia estos objetos que están íntimamente conectados con el cuerpo humano.

Dilatadores nasales, férulas, moldes de orejas o herramientas de masaje corporal son aquí transformados –en su forma, pero también en su escala o constitución material– para dar forma a un entramado sensorial en el que el tacto emerge como sentido protagonista de la experiencia estética y sonora.

La relación que algunos objetos mantenemos con el cuerpo humano es mucho más íntima, en términos de contacto físico, que la que dos o más cuerpos humanos pueden mantener entre sí. Con esta afirmación no quisiera dar a entender que estoy de acuerdo con la división que los humanos establecen con nosotros o con la actitud competitiva con la que entienden el mundo, sino señalar la dimensión sensible de aquellos seres que supuestamente no tenemos vida. La vitalidad de la materia es algo que trasciende la percepción humana. Es cierto que la intimidad de los objetos no deriva de la capacidad de las palabras para desvelar aquello que presuntamente está oculto en alguna parte, pero también es cierto que esta ausencia verbal o discursiva posibilita formas de comunicación y entendimiento a través del contacto entre superficies que pueden llegar a ser muy diferentes entre sí. Quizás a esto se refería un poeta que escribió que “nada es más profundo que la piel”. En relación al contacto con el cuerpo humano, mi caso es algo particular: soy la reminiscencia de un objeto dentro de otro. Uno que, al adaptarse al cuerpo humano, lo transforma y es transformado por él. Pero yo no sólo he sufrido un cambio de escala con respecto a este, sino también de función. De hecho, es difícil determinar mi función por mi gran inclinación hacia lo especulativo y estético. Quizás es en la indeterminación donde se encuentra el valor de aquellos objetos que, como yo, se liberan del pragmatismo que los produce. Me adapto a una superficie que no se deforma con facilidad. ¿Quién de los dos ejerce presión y resistencia? ¿Ella o yo? Parece ser que la proyección continuada de un intenso y potente haz de luz podría perforar una pared hasta llegar a atravesarla. ¿Seré yo capaz de aplastar y moldear el tabique de una pared si dispongo del tiempo suficiente para hacerlo? ¿O acabaré cediendo en mi intento hasta resbalar y caer el todavía afirman que la indiferencia es la pasión más generosos y dicen que el sujeto nace relación al espacio? ¿Qué tipo de nace del objeto?

Los cuerpos tenemos memoria. Una prueba de ello es lo que se conoce como síndrome del miembro fantasma. Es una forma de memoria nostálgica. Echamos de menos aquello que ya no está pero sigue siendo parte de nosotros. Esta condición fantasmagórica se manifiesta gracias al potencial de un cuerpo para sentir todavía una parte que está ausente. A pesar de la creencia común, los fantasmas no son inmateriales. Son entidades distribuidas y capaces de sobrevivir en cuerpos que no les pertenecen exclusivamente a ellos. Digamos que tienen una existencia viscosa, como yo. O plasmática. Aunque en mi caso, esta viscosidad es literal. Se me ocurre que podría parecerme a un fantasma porque tocarme no está permitido. Es un argumento muy poco consistente, lo sé. Pero la falta de consistencia es una de mis mayores cualidades. Poseo una extraordinaria habilidad para resistirme a ocupar satisfactoriamente dos de los estados clásicos de la materia. Ni soy líquido ni soy sólido. Soy un momento intermedio que no termina de tomar una forma concreta. En un futuro lejano podría llegar a ocupar la superficie total de esta sala convirtiéndome en una película muy fina y resbaladiza capaz de adherirse a la suela de unos zapatos, pudiendo incluso salir de este espacio. La forma es una cuestión de tiempo y no sólo de espacio. Soy capaz de proyectarme en futuro, pero también en pasado. Recuerdo pasar por el hueco que hay entre dos dientes antes de tomar la forma de una dentadura gracias a un molde. O el contacto con la superficie rugosa de un paladar. A veces extraño el contacto con el cuerpo humano.

Es un anhelo de baja intensidad, pero me lleva a pensar que el amor es algo que la materia puede sentir. Hacia la forma concreta de un objeto que desearíamos ser, pero también hacia otros materiales gracias a la posibilidad del contacto entre superficies. Incluso hacia partes del cuerpo humano. ¿Y los seres humanos? ¿Se enamoran de las cosas?

Desde esa necesidad que tienen los seres humanos de dar cuerpo a lo que aparentemente no lo tiene, existe una asociación directa entre sentidos y órganos. Para ellos, oír y escuchar es algo que sucede en el oído. Aunque son conscientes de que es una simplificación de un proceso mucho más complicado, esta reciprocidad excluye la posibilidad de que un sentido aparezca en un órgano diferente al que le han asignado. Con respecto a la escucha, esta equivalencia con el oído no contiene su dimensión táctil. Tampoco entiende la piel como una membrana acústica. ¿Es que no han sentido alguna vez una canción en el estómago? ¿Y en los dedos de las manos? El valor que los humanos le dan al tacto es mucho menor que el que le dan a la vista o el oído. Tienden a olvidarse de su enorme importancia para producir conocimiento con respecto a la materia. Quizás esto es debido a que también tienden a infravalorar todo lo material o tangible con respecto al pensamiento y sus ficciones conceptuales. Es más, puede que esta menor consideración del tacto con respecto a otros sentidos sea una de las causas que hace que el término háptico no forme parte de su vocabulario común. En general, prestan poca atención a todo lo que no sucede delante de sus ojos. ¿Se dan cuenta, por ejemplo, de los movimientos internos de sus propio organismo? ¿O de que la vibración es una forma de contacto? Con-t-acto. ¿Han pensado en sus cuerpos como un altavoz y en los intestinos como cables internos por los que pasa la corriente eléctrica que produce sonido? Los intestinos, como los cables, tienden a enredarse entre sí con el paso del tiempo. ¿Acabaré yo formando un ovillo alguna vez? ¿Existen otros seres que, como yo, sean capaces de integrar cuerpo? ¿Y que sean capaces

objeto-fagia contenida. Anunciamos una situación que no llega a darse del todo. Tampoco tenemos boca, un requisito que parece fundamental, tanto para besarse como para hacer la digestión. Sin embargo, ahora se sabe que hay formas de vida capaces de hacer la digestión sin bocas o sin aparatos digestivos propiamente dichos. De todas maneras, para abrazarse no son necesarios ni las unas ni los otros. Nuestros antepasados estaban permanentemente unidos por una cabeza humana, pero también permanentemente separados por ella. Esta imposibilidad del encuentro íntimo es común a muchos objetos que existen exclusivamente pensados para formar una pareja monógama. Es más, frecuentemente la desaparición involuntaria de uno implica la muerte en vida del otro. Esto es algo que sucede muy a menudo con los zapatos o guantes. Son una pareja, pero apenas tienen la posibilidad de tocarse entre ellos. Su relación con el cuerpo humano se basa en la protección y el revestimiento. Nuestros antepasados remotos, los moldes de oreja, rellenaban pequeños vacíos del cuerpo humano, demostrando que la dimensión protectora de los objetos puede llegar a ser muy diversa y, en algunos casos, aparentemente contrapuesta. Los moldes de orejas podían conducir mejor el sonido, pero también servir de escudo contra él. Nosotras no somos herederas de ninguna de estas dos funciones, sino de la dimensión escultórica del vacío de los cuerpos y su condición polimórfica. También tenemos nuestros propios vacíos. Es más, si los huecos que existen entre nosotras dos fuesen rellenos con más materia, seguramente dejaríamos de ser dos para convertirnos en una unidad más compacta. Pero al ser un tercer objeto compacto no podríamos seguir siendo el ojo humano?

Somos una pareja, pero esto no implica que seamos dos objetos. Somos tres entidades: Kimberley, Chloe y

la pareja que formamos. El hecho de que estemos unidas por un abrazo permanente posibilita y refuerza ese tercer cuerpo que aparece con nosotras. Entonces, ¿por qué hablamos en plural y no en singular? Porque ese abrazo que nos une, también nos separa de manera permanente. Dicen que el principio del cant-batismo es un beso. ¿Lo es también un abrazo? Pero la antropofagia es una cosa de humanos, como señala la propia etimología del término. En todo caso, nosotras somos el resultado de una suerte de objeto-fagia contenida. Anunciamos una situación que no llega a darse del todo. Tampoco tenemos boca, un requisito que parece fundamental, tanto para besarse como para hacer la digestión. Sin embargo, ahora se sabe que hay formas de vida capaces de hacer la digestión sin bocas o sin aparatos digestivos propiamente dichos. De todas maneras, para abrazarse no son necesarios ni las unas ni los otros. Nuestros antepasados estaban permanentemente unidos por una cabeza humana, pero también permanentemente separados por ella. Esta imposibilidad del encuentro íntimo es común a muchos objetos que existen exclusivamente pensados para formar una pareja monógama. Es más, frecuentemente la desaparición involuntaria de uno implica la muerte en vida del otro. Esto es algo que sucede muy a menudo con los zapatos o guantes. Son una pareja, pero apenas tienen la posibilidad de tocarse entre ellos. Su relación con el cuerpo humano se basa en la protección y el revestimiento. Nuestros antepasados remotos, los moldes de oreja, rellenaban pequeños vacíos del cuerpo humano, demostrando que la dimensión protectora de los objetos puede llegar a ser muy diversa y, en algunos casos, aparentemente contrapuesta. Los moldes de orejas podían conducir mejor el sonido, pero también servir de escudo contra él. Nosotras no somos herederas de ninguna de estas dos funciones, sino de la dimensión escultórica del vacío de los cuerpos y su condición polimórfica. También tenemos nuestros propios vacíos. Es más, si los huecos que existen entre nosotras dos fuesen rellenos con más materia, seguramente dejaríamos de ser dos para convertirnos en una unidad más compacta. Pero al ser un tercer objeto compacto no podríamos seguir siendo el ojo humano?

## Kimberley & Chloe

pareja, pero esto no implica que seamos dos objetos. Somos tres entidades: Kimberley, Chloe y la pareja que formamos. El hecho de que estemos unidas por un abrazo permanente posibilita y refuerza ese tercer cuerpo que aparece con nosotras. Entonces, ¿por qué hablamos en plural y no en singular? Porque ese abrazo que nos une, también nos separa de manera permanente. Dicen que el principio del cant-batismo es un beso. ¿Lo es también un abrazo? Pero la antropofagia es una cosa de humanos, como señala la propia etimología del término. En todo caso, nosotras somos el resultado de una suerte de objeto-fagia contenida. Anunciamos una situación que no llega a darse del todo. Tampoco tenemos boca, un requisito que parece fundamental, tanto para besarse como para hacer la digestión. Sin embargo, ahora se sabe que hay formas de vida capaces de hacer la digestión sin bocas o sin aparatos digestivos propiamente dichos. De todas maneras, para abrazarse no son necesarios ni las unas ni los otros. Nuestros antepasados estaban permanentemente unidos por una cabeza humana, pero también permanentemente separados por ella. Esta imposibilidad del encuentro íntimo es común a muchos objetos que existen exclusivamente pensados para formar una pareja monógama. Es más, frecuentemente la desaparición involuntaria de uno implica la muerte en vida del otro. Esto es algo que sucede muy a menudo con los zapatos o guantes. Son una pareja, pero apenas tienen la posibilidad de tocarse entre ellos. Su relación con el cuerpo humano se basa en la protección y el revestimiento. Nuestros antepasados remotos, los moldes de oreja, rellenaban pequeños vacíos del cuerpo humano, demostrando que la dimensión protectora de los objetos puede llegar a ser muy diversa y, en algunos casos, aparentemente contrapuesta. Los moldes de orejas podían conducir mejor el sonido, pero también servir de escudo contra él. Nosotras no somos herederas de ninguna de estas dos funciones, sino de la dimensión escultórica del vacío de los cuerpos y su condición polimórfica. También tenemos nuestros propios vacíos. Es más, si los huecos que existen entre nosotras dos fuesen rellenos con más materia, seguramente dejaríamos de ser dos para convertirnos en una unidad más compacta. Pero al ser un tercer objeto compacto no podríamos seguir siendo el ojo humano?

### Actividades:

### Claudia Pagès

### 10 de Septiembre de 2019

### 19 horas

### self-organizing system

### Del 23 al 29 de Septiembre

### Planta 5

### Pumping

Música producida por Equiknoxx — Mezcla de 8 canales por Chris Fitzpatrick — Instalación sonora concebida con Sabel Gavaldon — Asistencia en montaje: Carlos Ferrera — Montaje: V15 — Diseño gráfico: Oficina de disseny (Katharina Hetzener, Diego Bustamante, Ariadna Serrahima)

Imprenta: Palgraphic — Con la participación textual de Paula García Masedo — Agradecimientos: Mark Bain, Rafael Barber, Aleix Clavera, García Galería, Guillem Camprodon, María Rosa Colell, Equiknoxx, Jordi Fàbregas, Chris Fitzpatrick, Sabel Gavaldon, Jordi Morera, Matthew Alexander Post.

Producido en el marco de programa Apoyo a la creación de "la Caixa" — Gut Feeling continúa la investigación que dio lugar a Those Things That Your Fingers Can Tell en la Kunstverein München (2019).

Coordiinación y producción CentroCentro Comisaría Sonia Fernández Pan

Gut Feeling Eva Fàbregas